

PARTE I
25 años formando comunicadores

CAPÍTULO 1

25 años de la carrera de Comunicación Social en la Universidad de Los Andes¹

Ramón González Escorihuela

Ramón González Escorihuela

Hoy se cumplen exactamente 25 años y una semana del inicio de la Carrera de Comunicación Social en la Universidad de Los Andes, cuyo acto académico inaugural tuvo lugar en la sede del Colegio Nacional de Periodistas Seccional Táchira, la noche del 7 de mayo de 1983. Fue ésta la fecha clave de un proceso iniciado en 1978, cuando en compañía del para entonces Secretario General del Colegio de Periodistas del Táchira, Jesús Romero Anselmi, tuve el honor de presentar al Vicerrector Ing. Pausolino Martínez, el primer Anteproyecto de la Carrera, documento que completado luego con el aporte de los profesores Raúl Segnini y Sergio Muñoz Lagos, fue aprobado por el Consejo Universitario, y, finalmente, por el Consejo Nacional de Universidades, en junio de 1982. Dado este paso, el Consejo de Núcleo designó una Comisión Organizadora integrada por los profesores Gabriel Ugas y Katia de Simancas, en la cual actué como Coordinador, y que se encargó de poner a punto los últimos detalles para la implantación del proyecto.

El acto fue presidido por el Rector de la Universidad de Los Andes, Prof. José Mendoza Angulo, el Vicerrector del Núcleo, Prof. Raúl Segnini Laya, y el Secretario General del Colegio de Periodistas, Antonio Ruíz Sánchez. Asistió

¹ Discurso del Prof. Ramón González Escorihuela, fundador de la Carrera de Comunicación Social de la Universidad de Los Andes-Táchira “Dr. Pedro Rincón Gutiérrez”, pronunciado el 14 de mayo de 2008 en el acto central de conmemoración del XXV aniversario de la creación de la Carrera.

también el gobernador del Estado, y otras autoridades. Profesores que impartimos las diferentes asignaturas en las dos secciones iniciales, algunos de los cuales nos acompañan hoy: Arturo Linares, Seminario de Redacción Castellana; Héctor Lira y Samuel López, Economía Política; Ana María Leoni, Inglés; Simon Zuber, Francés; Febres Morales, Psicología de la Comunicación, Gabriel Ugas y Aléxis Urbina, Metodología de la Investigación, y quien les habla, Introducción al Periodismo. Y por supuesto, los 80 alumnos, que superado el proceso de selección, constituyeron la primera cohorte de la Escuela, entre ellos nuestro actual Jefe de Departamento, el Prof. Jorge Moret, y el Prof. Santiago Contreras, de reciente ingreso a la carrera. La clase magistral, titulada “Una vieja Pregunta para una Escuela Nueva”, estuvo a cargo veterano periodista y profesor de la UCV, Federico Álvarez Olivares, quien coordinaba la Comisión de Comunicación Social del Consejo Nacional de Universidades. Fue una lección memorable, en la cual el Prof. Álvarez, con maestría y amplio conocimiento abordó el siempre difícil y controversial tema de la formación del periodista.

Y es que precisamente, una de las innovaciones tangibles del proyecto en lo que a formación de comunicadores se refiere, fue la ruptura con el esquema curricular vigente desde finales de los años 60 cuando se sustituye la antigua denominación de Escuelas de Periodismo por la de Escuelas de Comunicación Social. A partir de entonces, los planes de estudio de las tres escuelas existentes en el país, luego del ciclo común de tres años, ofrecían las mismas menciones: Periodismo Impreso, Periodismo Audiovisual, y Publicidad y Relaciones Públicas. Aquí en el Táchira rompimos con esa concepción a favor la formación de un profesional integral, capaz de desempeñarse por igual en los medios impresos y audiovisuales, y poniendo más bien el énfasis curricular en la comunicación y el desarrollo, en las áreas concretas de Ciencia y Tecnología, Economía y Cultura.

Como todo comienzo, hubo que vencer muchas dificultades. La falta de recursos fue el problema fundamental. Habían transcurrido menos de tres meses de aquel

18 de febrero de 1983, el célebre “viernes negro”, símbolo de la crisis económica y política que apenas comenzaba y que se acentuaría a medida que se aproximaba el fin de siglo. La fase de expansión de la educación superior, iniciada a comienzos de la década del 70, había terminado.

Las consecuencias para nosotros fueron dramáticas, tanto que en los años 83 y 84 funcionamos con 0 bolívares de presupuesto. Esta difícil situación sólo pudo ser superada gracias al esfuerzo, la solidaridad y el alto grado de compromiso de profesores, estudiantes y autoridades del Núcleo, así como también del apoyo moral y el aliento que siempre recibimos de diversas instituciones regionales, entre ellos, y de manera muy destacada, del Colegio de Periodistas. En el año lectivo 1984, se incorporaron nuevos docentes provenientes de distintos departamentos del Núcleo: los profesores José Sosa, en Teoría de la Comunicación; Samuel López Rivas, en Economía Política; Mario Cerda, en Seminario de Redacción II, Yariesa Lugo, en Historia, y el reportero gráfico José Armando Vivas, como auxiliar docente en Fotografía. Al fin, en 1985, contamos con los primeros recursos financieros que nos permitieron la contratación de personal docente y de investigación dedicado exclusivamente a la carrera. Fue así como a partir de ese año y posteriormente, ingresaron varios docentes que ya no están con nosotros, como las profesoras Mariela Torrealba y Sara Roby; la profesora Carmen Sofía De la Torre, recientemente jubilada, y los profesores Tomás Byrne, Wilson Agudelo, y Gustavo Azócar, entre otros. Al año siguiente, en 1986, se constituyó formalmente el Departamento de Comunicación Social, con lo cual contamos con la necesaria estructura académico-administrativa, capaz de planificar y dirigir las actividades de la carrera.

Pero no estamos aquí sólo para hacer un largo recuento del pasado, sino más bien para examinar el presente y mirar hacia el futuro, siempre cargado de riesgos pero también de oportunidades.

En estos 25 años, de nuestras aulas han egresado 800 comunicadores, hoy por hoy, en su gran mayoría, haciendo vida profesional en todo el país, en los medios,

instituciones públicas y privadas, en la docencia y la investigación. En ellos, en su desempeño, en sus competencias, sus habilidades y su grado de compromiso con el país, se reflejan en buena medida las virtudes y deficiencias de la propuesta que echamos a andar. La Escuela, plenamente consolidada, se ha convertido además en una referencia académica obligada en el campo de la investigación y la reflexión teórica en el área, al igual que en lo concerniente a la producción audiovisual. El hecho de que en poco tiempo, abrirá sus puertas nuestro primer curso de postgrado, precisamente en un área innovadora y de gran exigencia tecnológica, como el Periodismo Digital, ejemplifica muy bien los avances logrados, y el talento y la dedicación de su personal.

Hagamos ahora una breve revisión de algunas de las coyunturas y circunstancias actuales, que atraviesa la comunicación y el periodismo y que necesariamente deben ser objeto de análisis y reflexión en la formación de los nuevos profesionales.

En 1983, el deslinde entre la información, la opinión, y la entonces naciente interpretación de los hechos era una norma sagrada del ejercicio periodístico. Se cuestionaba la consagrada “objetividad” pero se trataba de mantener algún rasgo de imparcialidad frente a los hechos y procesos sociales. Hoy, la situación es otra: los medios son el espacio público por excelencia donde se desarrolla la lucha política e ideológica. Y los periodistas han pasado a ser actores políticos de primera importancia. Un líder de opinión cuya palabra es clave en la orientación y dirección política de la sociedad. El balance de este cambio aún está por hacerse, pero me atrevo a afirmar que en una buena proporción los principios éticos han cedido el paso a los intereses partidistas o ideológicos. Vivimos, como se ha dicho, tiempos de “guerra mediática”, y la víctima principal es el público, la sociedad, a la cual en lugar de brindársele una información veraz y por lo menos equilibrada e imparcial, que le permita hacerse un juicio propio y bien sustentado de la realidad, en muchos casos se le pretende convencer e influenciar en uno u otro sentido, a través de la manipulación de los insumos informativos.

Esta es una nueva situación que debe ser abordada en todas sus implicaciones éticas y sociales por quien nos dedicamos a la formación de periodistas.

Hace 25 años, nadie podía sospechar que los avances en el área de la informática y la telemática iban a revolucionar radicalmente el campo de la comunicación. La preocupación fundamental se centraba en el desplazamiento de mano de obra que iba a ocasionar la automatización. En el campo académico, el esfuerzo se centraba en obtener los recursos para adquirir los primeros equipos y programas necesarios. Aquí, gracias al interés y a la motivación de algunos profesores, en particular del Prof. José Sosa y al respaldo institucional, logramos ajustar el paso a esa nueva realidad, y fuimos la primera o una de las primeras Escuelas en el país en incorporar la enseñanza de la computación al plan de estudios.

Pero los desafíos de ahora van más allá de la dotación de equipos y el aprendizaje de habilidades en el manejo de programas. Hoy, la tecnología ha impuesto el periodismo interactivo, la capacidad del hasta ahora mudo receptor de convertirse también en emisor, rompiendo con el monopolio de la palabra que tenían los periodistas y otros comunicadores profesionales. Y aún hay más, cualquier persona, en posesión de instrumentos de muy fácil adquisición y manejo, obtiene, procesa y distribuye información y opinión. En otras palabras, la tecnología ha hecho posible que todos puedan ser periodistas.

¿Asistimos al fin de la profesión de periodista, como señalan algunos estudiosos o más bien estamos en tránsito hacia profundas transformaciones en la definición de esta profesión? ¿Se trata del cumplimiento de la vieja utopía de la libre producción y difusión de mensajes y del periodismo interactivo?... Esta es otra realidad, realidad que en sus diferentes aspectos: comunicacionales, sociales, económicos, políticos y éticos, tiene que ser considerada y ponderada en las Universidades.

Una observación final: en los años 80, gremios y academia, mantenían una estrecha vinculación. El nacimiento de nuestra carrera es una demostración

concreta. En los últimos años y por muy diversas razones, el Colegio de Periodistas atraviesa su más profunda crisis y en la práctica no constituye referencia alguna para las escuelas universitarias. Existe, en consecuencia un alejamiento inconveniente, un divorcio preocupante entre la Academia y el Colegio, que reclama ser superado en beneficio de ambas partes., que tienen el objetivo común de elevar la calidad del ejercicio profesional.

Para terminar quiero felicitar muy calurosamente a la Universidad de Los Andes Táchira, a sus autoridades, y al Departamento de Comunicación Social, en este primer vigésimo quinto aniversario, en particular a la nueva generación de profesores y estudiantes, gente joven, esforzada y con gran capacidad de trabajo que estoy seguro sabrán darle la mejor respuesta a aquella vieja pregunta que nos planteó Federico Álvarez, la noche memorable del 7 de mayo de 1983: ¿Cómo formar a un periodista?

CAPÍTULO 2

¿A quién se le ocurre oficiarse en la Comunicación Social?²

Daniel Pabón

Javier Candeira da una respuesta que tal vez enrarezca más la duda metódica que expongo. Dice que esta ocurrencia es propia de personas que cobran por algo que todo el mundo hace gratis, que es comunicarse.

Es cierto. Cobran por comunicar, pero más que eso, por ser regentes de la comunicación masiva. Vaya responsabilidad la de poner a desfilar frente a la mirada de muchos lo que uno solo concibe, y a partir de allí, levantar el presente, el presente social, en palabras de Lorenzo Gomis (1998).

Administrar la comunicación masiva pudiera verse fácil apriorísticamente, pudiera entenderse como la mera conjunción aleatoria de imágenes, sonidos y sobre todo de palabras. Bien refrenda Gianni Vattimo (1994) que la palabra nos engendra a nosotros, cuando dice que “el ser no se da como algo que está más allá de la palabra, como algo anterior a ella e independiente de ella, sino que se da como efecto del silencio”.

En la Escuela de Comunicación Social de la bicentenaria Universidad de Los Andes, hay una oferta continuada de 25 años haciendo aproximaciones asertivas, para que ese rompimiento de los ecos del silencio por la irrupción de la palabra, sea ética, científica y verídicamente útil a una sociedad difícil de abordar y sedienta de entendimiento.

² Palabras de Daniel Pabón, estudiante con mayor promedio de la carrera de Comunicación Social, pronunciadas el 14 de mayo de 2008 en el acto central de conmemoración del XXV aniversario de la creación de la Carrera.

Como sabemos, el sistema de medios se apuntala como el crisol por excelencia para que el comunicador vierta esas palabras, en sus distintas versiones. Los medios deben ser para el periodista una plastilina para humanizar en vez de un diluvio propenso de ahogamientos. Del dominio que posea el comunicador de su entorno de desenvolvimiento, dependerá en alto grado el sentido que va a cobrar eso que llamamos la medicación, que en palabras de Martín-Barbero, no es otra cosa que “la mutación de la materialidad técnica en potencialidad socialmente comunicativa” (1999: 294).

La voz del periodista en ese escenario mediático, resuena con distintos tonos. Sutil para la comunidad hambrienta de justicia o bien aguda frente al poder mal practicado y sobornador.

Y es que no concebimos un periodista unicolor. Aprobamos y aplaudimos el debate sano y argumentado, la criticidad, la sensibilidad, el disentimiento con fundadas razones. “El fin del mundo común ha llegado cuando se ve sólo bajo un aspecto y se le permite presentarse únicamente bajo una perspectiva”, decía Hannah Arendt (1999: 114). En este cuarto de siglo, nuestra Escuela ha marchado en clave de multiplicidad, manifiesta entre los pensamientos más disímiles, porque entendimos, como en el Mc Bride, que en este único mundo las voces son y deben ser múltiples.

El poder es una abstracción difícil de administrar. Considero que nuestros profesores, a quienes obsequio hoy toda mi gratitud y respetos, saben ofertar recursos para ejercer dicha administración, en tanto artilleros de mensajes en los que nos convertimos frente a esas palestras de todos. Mientras algunos como Ignacio Ramonet (1999) compendian el coro del Réquiem por el Periodista, la sociedad sigue demandando comunicación masiva.

La más reciente encuesta Latinobarómetro publicada en 2008 por la corporación del mismo nombre, nos arroja luz sobre este particular. “El latinoamericano tiene televisión a color antes que agua potable, refrigerador o alcantarillado”

(Corporación Latinobarómetro, 2008), refleja el estudio, a la par de develar otro dato más: Hay dos bienes que tienen todos los latinoamericanos; al menos una comida al día, realidad para el 89%, y un televisor, un bien con el que cuentan 90% de los habitantes de la región, incluso un punto porcentual más que el constitutivo hecho de alimentarse. Así como no sólo de pan vive el hombre, pareciera construirse personalizado en Latinoamérica, el precepto de que no sólo de comida se alimenta la región, sino que aquí (y en general en todo el globo), metaforizando, se come televisión, apetecen sus contenidos, tocados muchas veces por la deformación, la intolerancia de razas y el individualismo.

A todas estas, en 1983, desde los andes venezolanos, Ramón González Escorihuela, el padre que insufló vida junto con otros valerosos profesores a este sueño, nos delega por adelantado a estas veinte generaciones y a las que vienen tras nosotros, el compromiso de no sólo comunicar, sino de comunicar para el desarrollo. Los estudiantes de esta carrera empezamos a conocer, a aproximar el concepto propio de 'filantropía aplicada a la comunicación', en el instante vocacional en que descubren, internalizan y personalizan esta misión de vida: Comunicar para el desarrollo; Ser permanentes vigías del cambio social, de la evolución, de la organización de las pistas que hagan re-pensar la sociedad, tarea aparentemente inagotable a la que no le cae nada mal la aportación de unos comunicólogos que entienden el pulso social, como en efecto se aprende a entender aquí, por intermedio de un cuerpo profesoral entregado a la excelencia.

¿Y por qué los de aquí alcanzamos esa comprensión? Fundamentalmente, porque durante un lustro entero, no exclusivamente estamos puertas adentro, desentramando el conocimiento teórico que sustenta nuestros objetos de estudio, sino porque compaginamos nuestros días con la calle en su más viva expresión: la socialización. Thomas Gruber apoya este binomio. "La etapa de socialización profesional sirve para interiorizar determinadas orientaciones del grupo al cual se sirva, que permite la adaptación a valores como los de la veracidad o la exactitud" (Gruber, 1995: 50).

Se pregona mucho la invocación de los valores inherentes al Periodismo, pero la sociedad tiende a olvidar que la llegada de esos valores viene tomada de la mano con la praxis *in situ* en las que se consiguen y retan nuestros valores periodísticos. Es en la calle donde el Periodista une las piezas mentales de la honestidad, del servicio y del sentido de veracidad. De allí que la opinión pública re-entienda su trabajo.

En el caso de La Escuela de Comunicación Social despertó hace 25 años el interés en el occidente del país por el trabajo del periodista. Los estudiantes de comunicación social aprenden a conocer el entorno inmediato: el tachirense, sus necesidades, sus preocupaciones, sus paliativos y sus pasiones. Así, durante 25 años se ha hecho un perfil compartido de la sociedad tachirense, con su gente y sus instituciones.

El estudiante de Comunicación Social se siente particularmente agradecido con la sociedad andina que lo ha cobijado. Para un líder vecinal, un deportista destacado o un elector cualquiera, sería muy insignificante detener su ritmo y dedicar algunos minutos a un joven que no va a proyectar su visión o su historia de vida en un medio masivo, sino que por el contrario la va a aprovechar para sí, para su clase y para su formación. Nuestra gente no ve así nuestra presencia, motivo que nos hace sentirnos inmensamente agradecidos y vinculados a la sociedad tachirense, por recibir nuestras preguntas y confiar ya desde la academia, en nuestra voz. Ese voto solidario nos engrandece, nos hace regresar al campus universitario con renovados alientos. Gracias por convertirse en partícipes anónimos de nuestra vocación modelada en la calle.

Pero como sentimos respaldo de unos, palpamos la incomprensión de otros. Si bien es precepto constitucional el acceso a la información pública, desde nuestra condición de estudiantes ya somos víctimas de negaciones absurdas y temerosas de datos o declaraciones oficiales y, por ende, vinculantes a todos por derecho de ciudadanía. Nuestro llamado de razón a quienes diariamente se escudan en su autoridad, e impiden que nuestros objetivos pedagógicos y académicos de

obtención de información, se vean cubiertos. Nos sentimos periodistas. Junto a ustedes estamos destapando el futuro que nos aguardará la cotidianidad. La fuente principal de nuestro conocimiento periodístico son ‘los otros’, la alteridad.

Al término de esta reflexión, quiero volver a la pregunta inicial que me hacía ¿A quién se le ocurre oficiarse en la Comunicación Social? Pues esta ocurrencia está dirigida a un nicho del mercado bien específico: a hombres y mujeres con altísima sensibilidad y vocación social, capaces de abrir su mente a los nuevos tiempos, sin prejuicio de estancamiento y con disposición al despliegue mental de eso que Castells (1998) llama la ‘virtualidad real’, que nos arropa y de la que todos estamos siendo partícipes, aunque no todos sepan deshilarla. Hombres y mujeres que entiendan que esta insurrección audiovisual (y agregaría yo, digital) de nuestros días nos hizo, por fin, contemporáneos de todos los hombres, como asegura Octavio Paz. Hombres y mujeres que quieran desatar esa humanidad posible que está en cada persona y que sólo se libera por la vía de la ética como acto natural, voluntario e infinitamente gratificante.

Me vuelvo a preguntar ¿A quién se le ocurre oficiarse en la Comunicación Social? Y me respondo apoyado en Kapuscinski: “a quien decide hacer este trabajo y está dispuesto a dejarse la piel en ello, con riesgo y sufrimiento, porque nuestra profesión no puede ser ejercida correctamente por nadie que sea un cínico”.

2.1 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arend, Hanna (1996). *La condición Humana*. Barcelona: Paidós.
- Castells, Manuel. (1998). *La Era de la Información. Economía, Sociedad y Cultura. Vol. 1. La Sociedad Red*. Madrid: Alianza Editorial.
- Corporación Latinobarómetro (2008). *Informe Latinobarómetro 2008*. En línea en: <http://www.latinobarometro.org/> (Consultado el 03/05/08)
- Gomis, Lorenzo (1998). *Teoría del Periodismo. Cómo se forma el presente*. Barcelona: Paidós.
- Kapuscinski, Ryszard (2008). *Los cínicos no sirven para este oficio: sobre el buen periodismo*. Barcelona: Anagrama.
- Martín-Barbero, Jesús. (1999). *De los medios a las mediaciones*. México: Gustavo Gili.
- Gruber, T. (1995). Toward principles for the design of ontologies used for knowledge sharing. *International Journal of Human and Computer Studies*, (43).
- Ramonet, Ignacio (1999). *La tiranía de la comunicación*. Caracas: Debate.
- Vattimo, Gianni (1994). *La sociedad transparente*. Barcelona: Paidós.

CAPÍTULO 3

La nueva escena y el comunicador social³

Marcelino Bisbal

3.1 UNA MIRADA HACIA NUESTRO INTERIOR

*El periodista es el representante más importante de las especies.
Pero -como el demagogo, el artista y el militante-
su suerte es que carece de cualquier clasificación social firme.
Pertenece a un tipo de casta de paria que,
ante los ojos de la sociedad,
es siempre visto como uno de los sectores con la calidad moral más baja.*

Max Weber

Para una persona que ha decidido, desde hace ya un buen tiempo, elegir como vocación de vida la formación de profesionales de la comunicación, eso que algunos se empeñan en seguir llamando con cierta nostalgia "periodistas", resulta bien difícil y a la vez comprometedor hablar sobre él mismo y la tarea que realiza en ese proceso de educación universitaria. Digo comprometedor, porque en todo examen o mirada hacia lo que se hace o se intenta moldear con sus lecciones y su trabajo investigativo pueda resultar que en ello salgamos cuestionados hacia nuestro interior y hacia la propia imagen. A veces no hay más remedio que hacerlo y quizás sea necesario. Porque siempre hemos creído que "un alto en el camino"

³ Discurso del Prof. Marcelino Bisbal, pronunciado el 14 de mayo de 2008 en el acto central de conmemoración del XXV aniversario de la creación de la Carrera, al que asistió como invitado de honor por las autoridades de la Universidad de Los Andes. Una versión previa de este texto fue publicada en la Revista *Diálogos de la Comunicación* (62) (Pág. 8-25) en el año 2001. En este libro reproducimos una versión actualizada por el mismo autor del texto original.

es conveniente, aunque este sea muy de tarde en tarde, pero siempre resultará beneficioso tanto en términos individuales como seguramente colectivos.

Quizás las crisis, aunque algunos piensan que es simple apariencia, que la profesión encara y que nuestros centros de enseñanza en comunicación muestran en su cara más visible, sea la constante de estos estudios nacidos a medio camino entre el quehacer literario y la praxis política. Por ello quizás el excelente texto de Humberto Cuenca *Imagen literaria del periodismo* (Cuenca, 1980) haya resultado un buen intento de contribuir, como él mismo nos dice:

(...) al rescate de la calidad estética del periodismo, hundida en un peyorativo concepto de que es culpable este tenebroso recinto dictatorial en que se debate nuestra historia y que ha impedido a la libertad de prensa ejercer su constructivo influjo con el hábito de la democracia y la calificada y culta expresión, pues parece tradicional ver en el periodista a un sub-escritor. (1980:11).

Pero a pesar de esa crisis referida antes, sea cierto o no la presencia perenne de la misma, vale la pena hacernos un examen de conciencia y ver ¿qué estamos formando en los recintos universitarios?; ¿cuál es la forma y utilidad del "producto profesional" que lanzamos a la calle?; ¿qué representa para la sociedad este tipo de profesional?; ¿qué sentido tienen esos profesionales en estos tiempos?; ¿tienen vigencia todavía?; ¿vale la pena seguir invirtiendo en esta formación universitaria?; ¿son relevantes los estudios que se imparten de cara a esta nueva escena que el mundo y todos estamos viviendo?; ¿cómo estamos asumiendo los cambios de todo orden en la formación que impartimos?; ¿qué sabe hacer este profesional que no puedan hacer otros profesionales?; ¿seguimos siendo periodistas más que comunicadores y qué significa eso de "comunicador"?...O para seguir provocando, estas otras interrogantes:

¿las escuelas de comunicación han enfocado sus esfuerzos a la satisfacción de las necesidades determinadas por el mercado, minimizando así la potencialidad del desarrollo de prácticas emergentes y profesionales creativos

para otras áreas del campo?; ¿Existe un permanente desequilibrio entre la formación teórica analítica y el énfasis en la profesionalización eficientista que hace que la orientación instrumental sea la determinante de la formación y fin último de la universidad?; ¿cuáles son las principales estructuras que inciden actualmente en la orientación curricular de las escuelas?; ¿cuál ha sido la vinculación de las escuelas de comunicación con los otros ámbitos profesionales?; ¿cómo se vinculan las universidades al trabajo de constitución del campo intelectual, cuáles sus principales aportes?; ¿por qué siempre se está en un permanente proceso de construcción o 'rediseño' curricular en las escuelas?; ¿cuál es el espacio social de las escuelas de comunicación?; ¿cuál es la verdadera razón para el crecimiento acelerado del número de escuelas de comunicación?; ¿cuál ha sido la participación de las escuelas de comunicación en la construcción del campo profesional? ; y ¿cuál es la función real de las escuelas de comunicación?" (Soles Leeré, 1991: 7).

En fin, demasiadas interrogantes, pudieran ser muchas más, que nos van a servir de hilo conductor en esta conversación como para dar cuenta desde esta visión, quizás sesgada, pero visión al fin y al cabo.

No se trata de ninguna manera de lanzar por la borda lo que es salvable. Se procura criticar para construir y sumar, y desde ahí es que asumimos nuestras ideas y el trabajo que realizamos. Requerimos confrontar a los "formadores" y la "formación" de cara al país y a la propia profesión, de enfrentar el tipo y estilo de comunicación que estamos haciendo dentro de los medios de comunicación social y revisar claramente y sosegadamente, sin ningún tipo de premisa de arranque, si nuestros medios están orientados y contribuyendo a elevar la calidad de vida cultural de la gente o, si en esta coyuntura política que vivimos desde hace ya casi diez años los medios y sus periodistas están ayudando a formar ciudadanos o simplemente afectos a cualquiera de los bandos en pugna. Este discernimiento, tan importante en estos días, deberá ser asumido por los propios centros de enseñanza y el gremio de los comunicadores más temprano que tarde. Quizás sea este un buen momento para encararlo, pero sobre todo hacerlo.

Desde hace un buen tiempo viene haciendo falta este descubrir y descubrirnos, pero el miedo es más fuerte y está haciendo que nos consumamos en nuestras propias miserias y deficiencias, quizás, también en nuestras virtudes. Tenemos que volver a redescubrirnos y toda iniciativa en ese sentido es plausible y acertada. Alguien decía que la universidad y los universitarios estamos llegando tarde a los "signos de los tiempos", a las "nuevas escenas" y la sociedad civil desde cualquier esquina y rincón se nos está adelantando.

De todo ello queremos dejar constancia en esta conferencia, o mejor, conversación en voz alta...

3.2 LO QUE FUIMOS Y YA NO SOMOS

*El problema parece ser que el oficio no logró evolucionar
a la misma velocidad que sus instrumentos,
y los periodistas se quedaron buscando el camino
a tientas en el laberinto de una tecnología
disparada sin control hacia el futuro.
Las universidades debieron creer que las fallas eran académicas,
y fundaron escuelas que ya no son sólo para la prensa escrita,
-con razón-sino para todos los medios.
En la generalización se llevaron de calle hasta el nombre
humilde que tuvo el oficio desde sus orígenes en el siglo XV,
y ahora no se llama periodismo sino
Ciencias de la Comunicación o Comunicación Social.
Lo cual, para los periodistas empíricos de antaño,
debe ser como encontrarse al papá vestido de astronauta bajo la ducha.*

Gabriel García Márquez

Lejos han quedado los tiempos en que la primera escuela universitaria de este país veía la luz. Estamos ya seguros y plenamente convencidos que el país es otro. Aquella Venezuela de los cuarenta, particularmente de 1946, que se debatía entre el halo de unas mentalidades acostumbradas a la "mano férrea" y a un sólo dictamen, era la escena y el teatro en donde se iniciaría el primer acto de creación de la hoy Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela. Era un 24 de octubre de 1946 y por intermedio del Decreto N° 421 se instituía "en la ciudad de Caracas una Escuela Nacional de Periodismo". El Presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, Rómulo Betancourt, concluía su discurso en el acto de instalación (un año después de su decreto, es decir el 24 de octubre de 1947) de esa primera escuela inspiradora de las que vendrían después, con palabras que intentaban más allá del discurso romper una "continuidad" de vida política en el país. Esas palabras finales decían así:

Se contará de ahora en adelante con un nuevo vehículo excelente: La prensa (se refería a la necesidad de debatir con libertad las ideas y otros asuntos de la vida pública del país). Quienes hacen los periódicos convivirán a diario con

la Universidad y sus problemas; y compartirán inquietudes con profesores y alumnos de las diversas facultades. Así cumplirá esta escuela una eminente función. En ella aumentarán su acervo cultural, para beneficio de la delicada tarea que tienen de informadores de la opinión pública, los redactores y cronistas de la prensa periódica; y se saturarán de ideas relacionadas con el primordial problema venezolano, el de la educación pública, para ventilarlos libremente en las páginas de diarios y revistas. Esos y todos los otros temas imaginables pueden ser hoy controvertidos en la prensa venezolana; porque si alguna conquista democrática está sólidamente afirmada en el país es la de la libertad de pensamiento hablado o escrito (Díaz Rangel, 1987: 32).

Resultaba más esperanza que realidad. Las condiciones que se iban a imponer no eran las mejores para la concepción de libertad y liberalidad que se procuraba instaurar en las mentes del país. Pocaterra lo supo ver cuando llegó a expresar, en un tono nada optimista por las brisas que soplaban y por el frío que se empezaba a sentir, que:

(...) ese día está lejano, porque la mayoría de los venezolanos sienten una extraña fascinación ante la idea de ejercer el mando, y aman con muy poca sinceridad los principios liberales que viven proclamando. En cada adolescente, en cada cadete, está agazapado un dictadorzuelo. (Pocaterra, cp. Castro Leiva, 1988: 38).

Volvíamos a penetrar el túnel de la "mentalidad única", como el "fantasma uno" que todo lo decide y además nos mete miedo. Nos resentíamos y se resentía la universidad y la naciente práctica profesional con rango universitario, y qué no decir del resto de Venezuela.

Aquel momento sirvió para que el periodista de calle, que aún no había tenido la oportunidad de pisar el aula de clases en la casi recién decretada Escuela Nacional de Periodismo, conformara un periodismo informativo y de opinión de

primera y significativa importancia. Ramón J. Velásquez dirá de esa etapa del periodismo nuestro que:

Se va a caracterizar por sus editoriales, es decir, por la opinión de los periódicos, o del periódico mismo y como todavía se muestra remisa a los periodistas las entrevistas y las declaraciones, son los propios redactores quienes van a escribir los comentarios de la actualidad nacional. Es el redactor de planta el que canaliza el suceso del Congreso, o la actitud del ministro, o la sentencia de la Corte. No son colaboradores extraños a la redacción quienes van a llenar los espacios de esas páginas. Las batallas que se libran entonces, en razón de los movimientos que se estaban desarrollando en el país; fundación de partidos, de sindicatos, promulgación de nuevas leyes, constituye el testimonio más honroso del periodismo político, del periodismo de opinión (1986: 10).

La Escuela de Periodismo se "cerraba" en 1951 por la huelga universitaria al igual que las demás escuelas, facultades y recintos universitarios. Era reabierto en 1954 con la misión de llevar hacia adelante lo que se le había encomendado y que Cuenca como conferencista/profesor en esa escuela de un curso sobre "Arte y Literatura en el Periodismo" dirá que:

Corresponde a la Universidad orientar la formación profesional del periodista. Ahora cuando nuevamente las puertas universitarias han quedado abiertas, sin regateos, limitaciones ni mezquindades, tanto al disciplinado estudiante como al autodidacta formado al aire libre, se operará gradualmente una profunda transformación en la literatura del periódico: el periodista será más responsable y escribirá mejor. La cultura universitaria será capaz de neutralizar con la prosa viva, ágil y eléctrica, pero siempre de buen gusto, este almacén de vulgaridades, esta apetencia de la muerte, desenfrenada ansia de necrofilia, la página del alcohol y de la sangre, los amarillentos titulares, el narcisismo del retrato, la tira cómica, los agresivos y viciosos anuncios, en fin, este hipnotismo gráfico-legado de los self-made-men- norteamericanos- que nos hace ver la sangre borbotando de las columnas y estos bestiales experimentos en torno al átomo y al núcleo. La Universidad llevará al espíritu

del reportero ese regusto por los asideros de la cultura en toda su dimensión, anchura humana y profundidad intelectual. (1980: 13)

Y ya antes había expresado el mismo Cuenca que:

Si bien es cierto que la Universidad no enseña a ser periodista, como tampoco enseña a ser médico, abogado o escritor, también lo es que el universitario aquilata, densifica y perfecciona una aptitud vocacional, la planifica y orienta espiritualmente. Los grandes escritores del periodismo fueron universitarios y aquéllos que no lo fueron, muy probablemente hubieran sido mejores periodistas si hubieran transcurrido por la Universidad. (1980: 12)

Hasta aquí la historia. Solamente digamos que en los comienzos del año 1970 esta primera Escuela de Periodismo pasará a designarse Escuela de Comunicación Social hasta nuestros días. Las restantes escuelas vendrían después, y arrastrarían lo mejor y lo peor de la vieja Escuela Nacional de Periodismo.

En suma, digamos entonces que en esa historia de cómo el periodista venezolano se asume en comunicador, fue más bien producto de las universidades y del empeño de unos pocos venezolanos venidos de otras tierras a las que habían ido por propia iniciativa o por los azares de la vida política y desde allí trasladarán las ideas de lo que debía ser el oficio del periodista y su formación/capacitación dentro del recinto universitario. No estamos muy seguros, con la visión de estos tiempos y con la mirada puesta hacia adelante, de si asimilamos todas las lecciones y las disciplinas que se fueron importando. Creo que no y quizás eso se debió en parte a la seducción de la novedad introducida, pero que en definitiva no se asumía desde los perfiles que nuestra idiosincrasia reclamaba e imponía. Un viejo periodista venezolano y de mucha experiencia en el medio, quién además fuera Director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de

Venezuela, el profesor Federico Álvarez, llegará a decir tajantemente algo que siempre me sonó como duro, pero que ahora haciendo esta travesía entre documentos y relatos, entre experiencia vivida y diagnósticos de la realidad periodística, me parece bueno traer al presente y pensar detenidamente sobre lo que nos dice:

Nunca he creído que fue un acierto convertir las escuelas de Periodismo en escuelas de Comunicación Social. Ese cambio disminuyó la especificidad de la profesión periodística en las escuelas, llevó a la confusión y hasta promiscuidad con profesiones diferentes, tales como la Publicidad y las Relaciones Públicas, y condujo a la creación de un nuevo ente-el comunicador social- que, con tanta presuntuosa amplitud, carece de perfil definido. Una cosa es la Comunicación Social como área de trabajo y de reflexión susceptible de ser explorada por muchas disciplinas, otra muy distinta las profesiones concretas que se pueden cobijar bajo su techo. (Álvarez, 1991: 102).

Desde esa afirmación que dejamos flotando, pero que retomaremos más adelante, quisiéramos ahora entrar a otro registro y visualizar cómo ha sido nuestra práctica periodística impuesta por el "juego de la vida" como praxis y la práctica académica de la comunicación social.

3.3 DE LA PRÁCTICA DEL PERIODISMO AL SABER DE LA COMUNICACIÓN: ¿QUIÉN MEDIA A QUIÉN?

*Aquellos duelos eran el signo de los tiempos: la situación había cambiado.
El periodista comprendió que lo de hacer preguntas
no era simplemente el método de trabajo de un reportero,
que realiza sus investigaciones
modestamente con una libreta y un lápiz en la mano,
sino un modo de ejercer el poder.
Periodista no es aquel que pregunta,
sino aquel que tiene
el sagrado derecho de repreguntar,
de preguntarle a quien sea lo que sea.
¿Acaso no tenemos todos ese derecho?
¿Y no es acaso la pregunta un puente de
comprensión tendido de hombre a hombre?
Quizá.
Por eso precisaré mi afirmación:
el poder del periodista no está
basado en el derecho a preguntar,
sino en el derecho a exigir respuestas*

Milan Kundera

Siendo Director de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela -en el período de 1987 a 1990- tuvimos que confrontarnos muchas veces con el deber ser de la comunicación social y lo que es la comunicación social como producto del ejercicio en el mercado laboral de las industrias culturales de nuestro país y de América Latina. De allí nacieron algunas de las reflexiones que vamos a expresarles en este apartado del texto, que de ninguna manera están resueltas, pero que sí nos producen día a día profundas angustias al ver el interés que nuestra carrera despierta en los jóvenes bachilleres y al ver también que esta no es una característica solamente de nuestro contexto, sino de gran parte de la región. Porque no es casual que en América Latina para 1950 existían solamente 13 escuelas de periodismo en apenas 8 países; para 1960: 44 escuelas de comunicación social; en 1970: 81; en 1980: 220, en 1998: 304 escuelas de comunicación social repartidas en 20 países y en 2005 –según informa la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social

(FELAFACS)- la cifra alcanza ya la suma de 1026 unidades académicas entre facultades, escuelas y/o programas de comunicación pertenecientes a diferentes universidades de América Latina. Y entre los países con mayor número de centros de enseñanza en comunicación social nos encontramos a Brasil con 348 escuelas y México en el segundo lugar con 321 unidades académicas, lo que significa que entre ambos países se concentra el 65.20 % del total de facultades y escuelas latinoamericanas de comunicación social. La cifra en otros países como Argentina con 55 centros de formación en comunicación social, en Colombia con 55, Chile con 54, Perú con 32, Ecuador con 31, Bolivia con 29, Puerto Rico con 16 y nuestro país con 15 escuelas (FELAFACS,2005). Creemos que el crecimiento ha sido desmedido en el tramo de los casi 82 años de historia que tienen los programas de comunicación en nuestros espacios geográficos. Luis Ramiro Beltrán, uno de los investigadores que mejor conoce la realidad comunicacional de este continente, dirá al respecto que:

En Bolivia se ha dado recientemente –1990- una irracional proliferación de escuelas universitarias de comunicación. En ellas estudian mucho más hombres y mujeres que los que el mercado actual de empleo puede absorber. Es preocupante la gran desproporción entre la oferta y la demanda de empleo en comunicación. No hay ocupación-inmediata, atractiva y segura-más que para un mínimo de los que egresan cada año, de casi una docena de aquellas escuelas. Ni las empresas comerciales, ni los organismos estatales, ni las entidades no gubernamentales aumentan puestos para comunicadores a la tasa irracional a la que aumentan hoy dichas instituciones de enseñanza.
(1990: 5)

La pregunta que tendríamos que hacernos, y que sigue todavía presente después de esas cifras que tienden estadísticamente a crecer año tras año, es ¿qué vigencia tienen hoy día nuestras escuelas de comunicación social herederas de las viejas escuelas de periodismo?; ¿qué vigencia tuvieron en su momento? y si se justificó el paso del "mundo de la práctica periodística" al espacio de la profesionalización universitaria tal cual como carrera liberal.

Las escuelas de comunicación social, primero de periodismo, nacen bajo el signo de la indefinición y de la falta de identidad. La mayoría de estas escuelas presentan, en su orígenes, el sello de lo humanístico-cultural ilustrado. Un texto, muy destacado y elogiado hace unos años (1996) en algunos centros de enseñanza del país y resaltado en los medios, del escritor colombiano Gabriel García Márquez nos dirá en relación a esa formación primogénita y con referencia a su país que allí:

Hay catorce pregrados y dos posgrados en Ciencias de la Comunicación. Esto confirma una preocupación creciente de alto vuelo, pero también deja la impresión de un pantano académico que satisface muchas de las necesidades actuales de la enseñanza, pero no son las propias del periodismo. Y menos las dos más importantes: la creatividad y la práctica (1996:17)

Y el mismo García Márquez resentirá la disminución o el bajo perfil que los cursos humanísticos representan en los actuales estudios de comunicación. Este es su resentimiento al respecto:

Tal vez el origen de su infortunio [refiriéndose a las críticas de las facultades de comunicación social] es que enseñan muchas cosas útiles para el oficio, pero muy poco del oficio mismo. Tal vez deberían insistir en sus programas humanísticos, aunque menos ambiciosos y perentorios, para garantizar la base cultural que los alumnos no llevan del bachillerato"(1996: 17).

Y como para corroborar esas afirmaciones, aquí están los datos de dos investigaciones llevadas a cabo por la FELAFACS. La primera, de 1982, se realizó entre 43 centros de enseñanza de los 172 que existían para esa fecha. El estudio apunta que el plan de estudios estaba repartido en materias humanísticas con un 10%; socioeconómicas un 10%; pedagógicas apenas 2%; semiológicas y lingüísticas 3%; administrativas 4%.; metodologías de la investigación 9%; teorías de la comunicación 15%; relaciones públicas y publicidad 5%; área técnica teórica

13%; área técnica práctica 20%; lenguas extranjeras 25% y otras materias 8% (FELAFACS,1982). Y otra investigación en 1985, también de carácter global, nos dirá que entre las 118 escuelas de las 190 existentes en ese año, las cifras en relación a cómo se repartían las asignaturas para la formación de los futuros comunicadores era así: un 42.43% en cursos de fundamentación teórica; 23.36 % de formación socio-humanística; de prácticas 21.95 %; de metodología 10.39 % y de materias instrumentales un 1.85 % (FELAFACS, 1985).

Pero volvamos al origen. Los *pensum*⁴ de estudios aparecen como una amalgama de cursos de literatura, filosofía, arte, historia y en algunas se incluía latín y griego, complementadas con materias de corte informativo. La orientación de esas primeras escuelas estaba dirigida a enseñar al alumno cómo escribir más que sobre qué y para qué escribir.

A partir de la década de los años sesenta, hasta bien entrados los setenta se producen cambios importantes en todo el continente, en las industrias culturales y en las escuelas de periodismo. La aparición de los nuevos adelantos tecnológicos y la definición más clara de lo que son hoy día gran parte de los medios como industrias de lo massmediático, especialmente en el mundo del audiovisual y el surgimiento de las grandes agencias de publicidad, las relaciones públicas y el estudio incipiente todavía del mercado, hicieron que las escuelas de periodismo pasaran a llamarse escuelas de comunicación social y asumieran nuevas disciplinas teóricas especialmente de las ciencias sociales, de la lingüística-semiótica y de los estudios de opinión pública y mercado. Estos cambios, reflejados en el tiempo y en los distintos espacios, lejos de profundizar y clarificar la especificidad de la carrera, acentuó mucho más la indefinición y la falta de identidad. Se fueron asumiendo las nuevas novedades tanto teóricas como instrumentales sin ningún tipo de adecuación a los contextos, como pensando que con esa simple asunción ya todo estaría resuelto y que automáticamente le debería dar una mayor densidad formativa al comunicador y por ende al producto

⁴ O guiándonos estrictamente por el latín, diríamos “los *pēnsa*”

que de él se generaba. No hubo tampoco una integración de interdisciplinariedad y por tal razón nadie supo ver, ni en el momento ni después, la utilidad de contar con un cuerpo teórico de disciplinas que ayudaban, no sólo culturalmente al nuevo profesional, sino a la calidad de los contenidos que transmitirían las expansivas industrias de los medios. Y este problema, que fue común en todas las escuelas que nacieron en ese momento y que todavía persiste, en unas con más claridad que en otras, no resultaba exclusivo del contexto latinoamericano. En Europa, hacia los mismos años de las décadas del sesenta y setenta, ya se perfilaba la cuestión y así, a manera de ilustrar, en la Facultad de Ciencias de la Información de Bellaterra de la Universidad Autónoma de Barcelona-España se expresaban inquietudes semejantes a las que aquí estábamos viviendo y veamos lo que se decía:

Los estudiantes llegan a cuarto curso sin dominar ninguna disciplina mínimamente a fondo. Saben un poco de sociología, otro poco de lingüística, otro poco de psicología, otro poco de ciencia política, otro poco... etc. Su aproximación al fenómeno de la comunicación de masas, en esta perspectiva sólo podría ser una aproximación anecdótica, intuitiva y por tanto dogmática. Y ellos mismos, procuran dar una respuesta a la problemática al apuntar que:

"el criterio (...) es que no se trata de dar conocimientos acerca de todas las materias, como si se intentase recomponer en la mente de los futuros comunicadores la enciclopedia universal, sino, más propiamente, de ayudarle a conseguir fuentes de documentación e interpretación de los acontecimientos que le permitan conseguir una inteligencia y una concepción crítica de los mismos, con el fin de poder llevar a término, adecuadamente, la información (De Moragas Spá, 1976).

Los estudiantes ponen en el tapete de la discusión la dicotomía entre teoría y práctica. Creemos que se trata de una falsa confrontación, inclusive engañosa. Al exigir más práctica y más instrumentos estamos reduciendo al comunicador - ¿igual al periodista?-, a un comulgante con la "racionalidad instrumental" del saber

hacer, pero no a un verdadero profesional que identifique con claridad, imaginación y creatividad dónde está el hacer, dónde hacerlo y cómo hacerlo. La razón instrumental que reclaman nuestros estudiantes, no pocos profesores y por supuesto que las industrias culturales, no pueden responder a estas interesantísimas preguntas que el ex-Rector de la Universidad Central de Venezuela -Edmundo Chirinos- una vez se planteara a propósito de los 40 años de la Escuela de Comunicación Social de esa Universidad:

¿Cómo hace el comunicador social para perpetuar existencias que quisiera aniquilar y, lo que es más grave, que podría aniquilar? ¿O para defender o proteger aquellos que requieren amparo y justifican su razón de existir? ¿Cómo echa las raíces de una ética para el ejercicio de la comunicación social, cuando el camino que lleva al profesional de la información a la sabiduría, o al menos al conocimiento es lo que da autoridad para construir o destruir? ¿Cuántos de los comunicadores pueden entender el conocimiento y la sabiduría de esta manera y, sobre todo, cómo poder ejercerlos?". Y sigue diciendo, que aun resueltos esos dilemas surgen otros de mayor calibre como "¿Les es permitido hacerlo? ¿A quién concierne este poder que debería ser intransferible? ¿Al propietario de los medios? ¿Al que titula la noticia? ¿Al que la selecciona? ¿Al que la jerarquiza?(...) ¿En dónde está el cuarto poder? ¿En el formidable recurso de la independencia personal que le da la sabiduría al comunicador o en el del dominante que lo explota? ¿Y quién doma a la supuesto dominante en la escalada de poderes que multiplica escalones, que se van tornando inaccesibles? (1987: 46).

Se trata de volver a la "razón identificante" que una vez estuvo presente en los periodistas. Es decir, un tipo de racionalidad que más allá del uso instrumental en el manejo de la información (obtención, procesamiento y puesta en circulación) nos reconcilie con la razón de ser del comunicador, con ese derecho del cual se excluye al común de los mortales como es el "derecho a la comunicación" y nos lleve a entender la esencia profesional y sobre todo humana de una tarea tan

noble como la de hacer partícipe a los demás de la propia realidad y existencia de los otros y del mundo, en definitiva de la vida. Lo que estoy proponiendo es que volvamos a aquella relación que un grupo de autores intentaban cruzar entre el periodista/comunicador y el intelectual y que recoge Jesús Martín Barbero al decir que el comunicador debe recuperar su legitimidad intelectual porque hoy día la comunicación es el espacio desde donde se piensa y se entiende la sociedad. Porque la comunicación es un lugar estratégico en dónde se están disolviendo las otras esferas de la propia sociedad y desde allí el intelectual ubicado debe poner de relieve y en visible constatación.

Y es lo que constituye la tarea básica del intelectual: la de luchar contra el acoso del inmediatismo y el fetiche de la actualidad poniendo contexto histórico, 'profundidad' y una distancia crítica que le permita comprender y hacer comprender a los demás el sentido y el valor de las transformaciones que estamos viviendo (Martín Barbero, 1990:8-9).

Se centra así, al menos desde nuestra perspectiva y punto de observación, la legitimidad del comunicador como profesional. Y tan cierto es, que un joven profesional a punto de egresar de las aulas universitarias escribía en el mismo periódico para el que trabaja una queja alucinante contra la inmediatez y la tan repetida necesidad de llegar a la actualidad pasando por donde haya que pasar, porque sino nuestro trabajo se convierte tal como dice la canción en un "periódico de ayer". Me permito reproducir textualmente esa queja, porque ella es más ilustrativa que todos nuestros discursos y textos bien meditados. Es el desdoblamiento que sufre el periodista confrontándose entre su "razón instrumental" y su "razón identificante". Nuestro joven periodista o comunicador, quizás él mismo ni sepa lo que es, expresaba:

Creo ser un periodista, y no lo niego. Sí, soy lo que llaman un esclavo de la inmediatez. Ese ente abstracto al cual tengo que rendirle devoción y pleitesía.

Esa instancia de tiempo que me da de comer. Esa palabra que no me deja pensar, pero de la cual no pudo escapar. Si se cae un ministro, debo correr y escribirlo. Si se divorcia Lady Di, debo correr y escribirlo. Si intervienen una entidad bancaria; también, debo correr y escribirlo(...) Soy un periodista. Pero, ¿debo sentirme orgulloso de esto? Aún no lo sé. Esa pregunta me la hago todas las insomnes noches de mi vida reporteril.(...) De un tiempo para acá, me asquea la inmediatez. Esto es, relatar los hechos, sin más y sin previa interpretación. A veces me siento como un profeta de la inconsciencia, y esto no me gusta. Siempre he creído, y aunque suene a marxismo barato, que toda producción humana debe tener un discurso que la ampare. Por lo menos, mi pobre intelecto duda de la existencia de uno valedero bajo los preceptos inmediatez (Centeno, 1996:48).

3.4 ENTRE LA TEORIA DE LA FORMACION Y LA PRÁCTICA DEL OFICIO

Más que relegar la carrera de periodismo a un nivel secundario en las escuelas o carreras de comunicación, como suele ser el caso en las universidades mexicanas, habría que sacarla de la lista de materias que se llevan en "técnicas y ciencias de la comunicación" y hacer del periodismo una carrera tan completa y seria como la de ingeniería, la de economía, la de medicina, la de historia o la de las ciencias químicas. En sí mismo el periodismo merece un plan de estudios propio y una mayor profundización que le permita trascender el nivel superficial de las generalidades: la enseñanza y el aprendizaje de una 'técnica' limitada a cubrir las preguntas clásicas: qué, quién, cómo, dónde, cuando, por qué.

Federico Campbell

Durante un buen trecho, por cierto que no tan lejano, la formación profesional del hoy comunicador social estuvo orientada en forma empírica e intuitiva a partir de diversidad de opiniones, la mayoría de las veces sesgadas por la racionalidad del momento político que dominaba en las distintas universidades y en los consejos académicos. Se presentaba así otro aspecto problemático de nuestra formación.

Esta idea, que reforzó por mucho tiempo las discusiones de los perfiles e identidades del futuro comunicador en América Latina, fue comprobada en nuestro contexto por nosotros mismos (Jesús María Aguirre en su trabajo sobre perfiles profesionales). Se llega a expresar y comprobar que:

Los objetivos de materias referidos a los ejes de formación (fundamentación, contextualización, profesionalización) y los objetivos de niveles, requeridos para marcar la continuidad y progresión en las diversas etapas (ciclo básico y diversificado de la formación), actualmente se están resolviendo en forma empírica a partir de opiniones emitidas en el Consejo de Escuela y en el Consejo de Facultad, y demandan, sin duda, un mayor afinamiento para dar coherencia al pensum. No está demás recordar que la revisión de programas y pensum, por su 'mala elaboración' es uno de los reclamos más sentidos por los estudiantes de los últimos años(...) El establecimiento de los objetivos particulares requiere de un análisis de las demandas sociales, así como el contrastamiento entre perfil profesional deseable y el actualmente existente en

el campo de trabajo(...) Los egresados se ven tensionados por los objetivos universitarios mencionados y las demandas concretas del mercado en una coyuntura crítica de recesión económica y reconversión tecnológica (Aguirre, 1993).

Nosotros pensamos, y así lo hemos sentido en conversaciones con los estudiantes ahora, egresados después, que la problemática presente y que recorre todo el espectro de las Escuelas de Comunicación existentes en la región, es que la misma es de signo más profundo y que arranca en la consideración de la profesión u oficio del periodista o comunicador. En definitiva, al final ¿qué somos realmente? Para aquel periodista formado en la calle, con olor a tinta y plomo y cargando una cámara y una libreta bajo el brazo, la respuesta era sencilla: periodistas. Qué bien lo definió el discurso de Edmundo Chirinos cuando dijo que:

Hace muchos años el poder se concentraba con simpleza en monarcas y generales y el poder de la información transitaba en la carrera de juglares y en la intuición de espías y cortesanos, hoy la monarquía cortesana es universal, la caricatura dolorosa de hoy nos muestra el poder en quienes lo concentran en sofisticadas y costosas maquinarias, muy distantes de la humanidad, de la entereza, de la honestidad, de la sencillez de quien tecleaba su vieja máquina de escribir en la penumbra de una sala de redacción, es como el antiguo juglar que ya no puede cantar de corazón a corazón, de conciencia a conciencia, y también pudiera percibirse heredero transmutado y final de fama, criatura del Olimpo y huella en extinción del rinting House Square (1987:48).

Sin embargo, para el egresado universitario y con el título de comunicador social la respuesta es más difícil de dar, más compleja y a la vez más ambigua. Diversos investigadores del problema han lanzado hipótesis de trabajo, intentos de afirmaciones para contribuir a conformar unos procesos de formación que le den un verdadero carácter académico y universitario, pero sin desvirtuar la esencia de

lo que era el periodismo, a la profesión del comunicador social. Unos plantean, por ejemplo, que:

El recorrido de esos estudios en América Latina muestra las dificultades que encuentra aún la articulación de lo abordado en la investigación con lo tematizable en la docencia, así como la lenta consolidación en propuestas curriculares de la interacción entre avance teórico y renovación profesional. De otra parte, al no estar integrado por una disciplina sino por un conjunto de saberes y prácticas pertenecientes a diversas disciplinas y campos, el estudio de la comunicación presenta dispersión y amalgama, especialmente visible en la relación entre ciencias sociales y adiestramientos técnicos. De ahí la tentación tecnocrática de superar esa amalgama fragmentando el estudio y especializando las prácticas por oficios siguiendo los requerimientos del mercado laboral (Martín-Barbero, 1984: 49).

Otros por su parte, apuntan que:

La conformación del campo educativo de la comunicación se realizó a partir de legitimar sólo ciertas prácticas profesionales, la mayoría de las cuales venían siendo funcionales al desarrollo capitalista de los modernos medios masivos de comunicación. Por tanto, eran prácticas profesionales que interesaban principalmente a los grupos que controlaban esos medios.(...) Otras veces, la traducción de las prácticas profesionales de comunicación a prácticas educativas no ha contado con el involucramiento real de los sectores que las realizan ni con una observación precisa, por lo menos, de los saberes y habilidades imbuidos en esas prácticas.(...) De todo lo anterior es posible plantear-a manera de conclusión-la siguiente hipótesis: el reto de una formación de comunicadores más relevante socialmente no radica(solo) en la intención de hacerlo, sino en la metodología para traducir adecuadamente las prácticas profesionales de comunicación -y en general las prácticas sociales de comunicación- en campos educativos (Orozco, 1994:57-62-63).

Y también se ha llegado a trazar, desde una perspectiva más epistemológica:

Como el desarrollo de las Ciencias de la Comunicación no ofrece la configuración de otras ciencias, vinculadas a profesiones más evolucionadas, cuenta en su haber con un conjunto interdisciplinar de conocimientos que han enmarcado la acción social comunicativa bajo unos sistemas cada vez más coherentes de hipótesis, conceptos, métodos de verificación, todo lo que comunmente conlleva la idea de ciencia.(...) Ahora bien, como las Ciencias de la Comunicación se han vinculado a menudo a las Escuelas de Periodismo en la primera etapa, posteriormente denominadas de comunicación, se ha planteado un problema agudo de diferenciación entre la orientación académica y la orientación profesional, es decir, entre la preparación de científicos de la comunicación y la de los periodistas, que además se ha extendido a otras áreas afines. De ahí que sea fundamental diferenciar el eje curricular de las Ciencias de la Comunicación, orientado a suministrar una comprensión científica, del eje profesional más bien orientado a las prácticas instrumentales (Aguirre, 1985: 4-5).

Entonces: ¿somos una profesión o un oficio? ¿Cuál es la diferencia entre ambos vocablos más allá de la sinonimia que establece el diccionario? La respuesta para nosotros es obvia: impartimos un oficio en donde se enseñan una serie de técnicas para entablar la mediación social entre la información y su reconstrucción/construcción y el público con sus estrategias de percepción/recepción. En definitiva, dentro de la formación para el oficio, la dimensión instrumental es clave y de primera importancia. No impartimos una profesión en donde se tiene que asimilar, en términos de conocimiento, un conjunto de saberes en el sentido que le diera Guillermo Orozco al indicar que la profesión del comunicador debe desarrollarse a partir "del proceso del conocimiento como un campo de diferentes 'ámbitos cognoscitivos' y de la teoría de las 'múltiples inteligencias' y desde ahí es posible plantear unos tipos de

saberes" (Orozco,1994: 76-77). ¿Por qué planteamos esta distinción? Si nos remitimos a nuestra Ley del Ejercicio del Periodismo y leemos su Artículo 3 allí nos queda muy clara la confrontación entre la formación teórica ("saber académico") y la formación para un adiestramiento práctico en un conjunto de técnicas ("saber práctico"):

Son funciones propias del periodista en el ejercicio de su profesión la búsqueda, la preparación y la redacción de noticias; la edición gráfica; la ilustración fotográfica; la realización de entrevistas periodísticas, reportajes y demás trabajos periodísticos, así como su coordinación en los medios de comunicación social impresos, radiofónicos y audiovisuales, agencias informativas, secciones u oficinas de prensa o información de empresas o instituciones públicas o privadas(...).(Ley del Ejercicio del Periodismo, 1994)

Con razón hace un buen tiempo un alumno me decía que él no creía que, "para reportero, tenga uno que estudiar en una universidad pues las destrezas necesarias para desempeñarse con dignidad técnica se aprenden holgadamente en dos años". Y si nos quedan algunas dudas de esa aparente exageración de mi alumno, diagnostiquemos con franqueza y confrontémonos con lo que es el ejercicio actual de la profesión en las industrias culturales del país y que un instrumento jurídico como la ley del Ejercicio profesional refuerza todavía aún más. Idea esa que se afianza también con la aparición, utilización desmedida y seducción de las llamadas "nuevas tecnologías de la comunicación".

En otro texto nuestro (Bisbal, 1994: 43 a 46) ya habíamos indicado en relación al hecho de la introducción de las nuevas tecnologías en el campo de la formación profesional "que se requiere una redefinición del periodista como profesional en términos del 'saber' y de los 'saberes' que él debe asumir, porque la nueva tecnología y su impacto transforman el ejercicio del periodista de cualquier medio. En ese texto concluimos a partir de lo que J. Habermas "refiere, desde el llamado *pensamiento negativo*", la idea de que el operacionalismo teórico (como saber constituido y adquirido a través del conocimiento) se corresponde ahora al

operacionalismo práctico (como saber adquirido a través de la técnica y de sus instrumentos). Desde esa idea queremos afirmar que la práctica y la rutina profesional del periodista se ve ahora constreñida, una más, por la posibilidad técnica que ofrece la nueva tecnología, y no por la competencia profesional del periodista.

A estas alturas quedan muy claras las definiciones aplicadas al campo de la información y del periodismo al menos dentro del ámbito de la academia, pero no resulta tan diferenciado cuando nos movemos en el terreno de la práctica y del ejercicio. No es fácil dirimir y distinguir "cuándo estamos ante un periodista, un comunicador social, un mediador social o simplemente un interlocutor público".

¿Cómo resolvemos ese dilema? La respuesta no es fácil de dar por el ejercicio mismo de la docencia al interior de las propias escuelas de comunicación social y por la manera como se han dispuesto los "saberes" a ser impartidos en ellas. Amén de encontrar que esos saberes y esa docencia están profundamente imbricados en una dinámica de formación y de configuración de un perfil profesional determinado y particular. Este es otro problema no resuelto que se junta con las tensiones permanentes entre los currículum y las prácticas profesionales. Jesús Martín Barbero tratando de resolver dichas cuestiones crítica como campos de tensión y de mediación entre el eje saberes-formación-docencia-prácticas profesionales, apunta las siguientes interrogantes como puntos de discusión para la reflexión y la investigación:

1-¿Cuáles son las prácticas profesionales-oficios y competencias-que hegemonizan el campo de la comunicación en nuestro país?

2-¿Cuáles son las agencias de legitimación de esas prácticas-medios masivos, instituciones estatales, instancias académicas, organizaciones sociales-y cuál el peso relativo de cada una de ellas?

3-¿Qué prácticas de comunicación en nuestro país se constituyen actualmente en emergentes , es decir erosionan el campo de las prácticas

legitimadas evidenciando las líneas de su transformación, y en particular: qué nuevos actores sociales y qué nuevas competencias activan la transformación del campo de la comunicación?

4-De esos diferentes tipos de prácticas ¿cuáles son las privilegiadas en el curriculum explícito?

5-Y en el "curriculum oculto" ¿cuáles prácticas se busca preservar, cuáles abolir y cuáles potenciar, y mediante qué estrategias? (Martín Barbero, 1990: 42)

3.5 LA "DEFICIENCIA CONGÉNITA" DE LAS ESCUELAS

Anteriormente decíamos, idea que hemos repetido a lo largo de todo esta conversación, que nuestras escuelas de comunicación social nacen bajo el signo de la falta de identidad, que ellas se encuentran sumidas en una profunda crisis de identidad, y mi buen amigo Guillermo Orozco indica que desde esa crisis llegamos a adquirir una deficiencia congénita en los estudios de comunicación (Orozco, 1994). El rostro de esa deficiencia -según Orozco- se muestra en las siguientes facetas:

1-Los académicos de la comunicación estamos a punto de ser completamente irrelevantes para la sociedad en general y en particular para la formación de nuevos comunicadores. No hay más que ver el "producto" objeto de la formación que impartimos.

Pregunta: ¿Es posible formar otro profesional distinto al qué estamos formando?

2-Los mercados laborales están fuera de nuestro control. Con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación hace tiempo que ellos escaparon a nosotros y a nuestros procesos de formación, pero desde antes se nos habían ido de las manos y por razones ideológicas.

Pregunta: ¿La formación debe seguir los requerimientos del mercado? ¿Cuál es la relación o cuál debe ser la relación entre Mercado y Curriculum?

3-No logramos que los empleadores tanto de las Industrias Culturales como de otros sectores acepten nuestros productos.

Pregunta: ¿No debe haber una cultura de la práctica profesional y una cultura de la práctica formativa? ¿Deben marchar separadamente ambas como prácticas culturales dentro de lo que se llama la "sociología de las profesiones"?

4-Los comunicadores recién egresados no tienen identidad de profesión, o en todo caso tienen una identidad difusa ante sí mismos como profesionistas de la comunicación.

Pregunta acuciante: ¿Qué sabe y qué puede hacer el comunicador, o el periodista, que no sepan hacer otros profesionales o ciudadanos comunes?

5-Hemos improvisado a los docentes ante la expansión galopante, desarticulada y caprichosa de las escuelas o facultades.

Ahora bien, la pregunta: ¿Esos docentes se deben al saber periodístico u a otro saber? ¿Cuál es entonces ese saber en ambos casos? ¿Debe haber alguna interrelación entre los saberes prácticos, asumidos en el campo del ejercicio, es decir, en la calle; y los distintos saberes académicos impartidos y adquiridos en las universidades?

6-Hemos dirigido la investigación a problemáticas o de moda o derivadas de intereses personalistas, desvinculando la producción de conocimiento de la formación de nuevos profesionistas.

Pregunta: ¿Es posible vincular nuestra investigación, quizás una parte de ella, a asuntos que le enseñen al futuro profesional aquellos aspectos de la vida laboral y de todo aquello que está incidiendo en lo que pronto será su práctica profesional? ¿Se podría hacer una investigación que vaya asumiendo la traducción de las prácticas profesionales en eso que Orozco llama "campos educativos" de la profesión?

Y para concluir, quisiera reproducir una síntesis de discusión que hicieran unos *tutorandos* al final de su Trabajo de Licenciatura y que incluyeron como anexo, pero que fue producto de muchas discusiones quizás mal orientadas por mí y que desembocaron en un lamento para "Jimmy Olsen, aprendiz de periodista". Texto que siempre nos preocupó y que presentíamos que eso pasaba al final de la carrera, pero ahora nos preocupa mucho más porque olfateando en las aulas que

está pasando ya casi a mitad de los estudios y que se refleja en profunda angustia en el ejercicio profesional. Dicen:

Nos referimos a lo que en propiedad se llama el "Comunicador Social". Esta categoría no sólo agrupa a aquellos "con licencia para hablar"-como dice un locutor capitalino-es decir, los licenciados, locutores diplomados, etc., sino también a toda la gama de "ilegales" que de igual forma se desempeñan en los medios y que en verdad, lo hace también o mejor que los primeros.

Cualquiera sea el caso, cabe una pregunta inicial ¿Cómo justificar tanta ignorancia? Nos parece más o menos evidente que el popular "Comunicador" se maneja a un nivel pre-categorial. Es un profesional que no maneja conceptos. Pecando un poco por generalidad, podemos asegurar que el "Comunicador" vive de la apropiación de bienes culturales semi-comprendidos en función de una pretendida vigencia. En él se subliman las excrecencias culturales de la producción massmediática. No saber de nada otorga en la práctica permiso para matar.

Si todos se reclaman del "sentido común" tal vez no exista otra persona que lo haga con tal vehemencia como el "Comunicador". Su trinchera es precisamente esa. En los medios cualquier intento por explicar genéticamente los problemas se estrella de inmediato contra la barrera del "sentido común" "Quién padece de superstición de las novedades informativas-señala Savater-nunca advertirá que sólo el error es entretenido. Pocas variaciones caben en lo esencial, mientras que lo accesorio se define como aquello que cambia". Precisamente, nuestro "Comunicador" se alimenta de la ilusión narcisista de estar constantemente en contacto con "algo trascendente".

De allí se desprende mucho de su legitimidad para hablar en nombre de los demás; cuando en el fondo, todo aquél que se expresa en nombre de los demás es un impostor. Pero no contento con este ejercicio de representatividad táctica,

vemos como el "Comunicador" ha expropiado legalmente a la sociedad de su capacidad para "expresarse a través de los medios".

Y sin ánimo de recaer en una especie de pesimismo cultural, suerte de añoranza decimonónica, como si la cultura hubiera sido alguna vez la cultura; no podemos ocultar que al hablar del "Comunicador" nos viene a la cabeza las ideas de baratija lingüística, lenguaje serial, homosemantismo. La verdad es que, ubicados los presupuestos que dan sentido a la profesión, encontramos que el lenguaje del "Comunicador" es una tabla de axiologías.

¿Planteamiento de jóvenes de esta época, de esta escena que han llamado posmoderna? Quizás. Pero hagamos un gesto con nuestra mirada al entorno más próximo y a lo mejor ya no nos parece tan exagerado, al menos a mí no me lo parece. Porque si pensamos así, habrá que preguntarnos qué discernimiento conformamos ante lo que decía el periodista y escritor colombiano Plinio Apuleyo Mendoza, que estando por Caracas en una conferencia que dictaba sobre "Periodismo en el nuevo milenio", decía:

Desarrollar esa aptitud intelectual para analizar los hechos políticos y económicos de su país, entrar en el juego de los cómo y los por qué de nuestro acontecer, es la primera condición para que el periodismo latinoamericano cumpla realmente su papel en la perspectiva del nuevo milenio. No es una tarea fácil, lo sé. Hace 18 años, cuando participé en la fundación de la revista Semana, lo que buscábamos con Felipe López con ella era llenar los vacíos de la información diaria abriéndole espacios de interpretación y análisis a los hechos del país y del mundo. Fue inesperada la manera cómo logramos crear un equipo de base. Nos visitaban docenas de muchachos salidos de las escuelas de comunicación social trayendo un diploma reciente en sus manos. Algunos nos sirvieron como soldados rasos. Sabían sólo transcribir lo que traían en sus grabadoras. Era como si las pilas de estos aparatos hubiesen sustituido sus neuronas cerebrales. Acabamos

configurando nuestro estado mayor con muchachos recién egresados de facultades de Letras, de Derecho y Ciencias Políticas o con un joven poeta, todos ellos por cierto con una pasión secreta por la literatura. Eran excelentes periodistas sin saberlo (2000: C/4).

¿Habrà llegado el momento de pensar seriamente qué cosa somos hoy los periodistas, perdón, los comunicadores? ¡Ojalá que así sea!

3.6 Referencias bibliográficas

-Aguirre, Jesús María (1993). Perfil de los periodistas graduados en Venezuela. *DIA.LOGOS de la Comunicación* (36).

-Aguirre, Jesús María (1985). *Memoria docente*. Papel de Trabajo. Caracas: Doctorado en Ciencias Sociales, Universidad Central de Venezuela.

-Álvarez, Federico (1991). "De la Escuela de Periodismo a la de Comunicación", en Varios Autores *45 años de itinerario comunicacional*. Caracas: Escuela de Comunicación Social de la UCV y Fundación Carlos Eduardo Frías.

-Beltrán, Luis Ramiro (1990). Carta a los estudiantes de comunicación de Bolivia. *Missagiun*, 1 (1).

-Bisbal, Marcelino (1994). La tecnología como verdad seducida. Comentarios breves, más bien notas al margen, sobre el impacto de la tecnología en la calidad de la información. *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación* (88).

-Castro Leiva, Luis (1988). *Dilema octubrista. 1945-1987*. Caracas: Cuadernos LAGOVEN.

-Centeno, Daniel (1996, 18/11/96). Las bondades de la inmediatez. Diario el Tiempo.

-Chirinos, Edmundo (1987). "40 años de la Escuela de Comunicación Social de la UCV". En Varios Autores *XL Aniversario de la Escuela de Comunicación Social de la UCV*. Caracas: Ediciones del rectorado de la UCV.

-Cuenca, Humberto (1980). *Imagen literaria del periodismo*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

-De Moragas Spá, Miquel (1976). Ciencias de la información. Apuntes para una reforma. *Comunicación XXI*, (25).

-Díaz Rangel, E. (1987). *Materiales para la historia de la Escuela de Comunicación Social de la UCV. 1946-1986*. Caracas: Alianza Gráfica.

-FELAFACS (2005). “Estudio de FELAFACS revela que existen más de mil Facultades, Escuelas y/o Programas de Comunicación para América Latina”, Documento elaborado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Disponible en <http://www.felafacs.org>.

-FELAFACS (1992). “Informe de FELAFACS”, Documento elaborado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Disponible en <http://www.felafacs.org>.

-FELAFACS (1985). “*La formación profesional de comunicadores sociales en América Latina*”, Documento elaborado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Disponible en <http://www.felafacs.org>.

-FELAFACS (1982). “La formación universitaria de los comunicadores sociales en América Latina”, Documento elaborado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social (FELAFACS). Disponible en <http://www.felafacs.org>.

-García Márquez, Gabriel (1996). El mejor oficio del mundo. *Pulso del Periodismo*, (25).

-García Márquez, Gabriel (1995, 25/03/95). Los grandes ausentes: La ética y la práctica en la formación periodística. Diario *El Universal*.

-Ibáñez, Ignacio (1996). Las Escuelas de Comunicación Social en América Latina. *Comunicación. Estudios Venezolanos de Comunicación*, (7).

-Ley del Ejercicio del Periodismo (1994). *Gaceta Oficial de la República*, 4.819, Diciembre 22, 1994.

- Martín Barbero, Jesús (1990). Comunicación, campo cultural y proyecto mediador. *DIA.LOGOS de la Comunicación*, (26).
- Martín Barbero, Jesús (1984). Retos a la investigación de comunicación en América Latina. En Fernández y Yépez, *Comunicación y teoría social*. México: UNAM.
- Mendoza, Plinio Apuleyo (2000). "Periodismo en el nuevo milenio". Conferencia dictada en el evento *Periodismo del Nuevo Milenio y Consumo de la información*. Caracas, Venezuela, 28, 29 y 30 de julio de 2000.
- Monsiváis, Carlos (2007). *Las alusiones perdidas*. Editorial Anagrama. Barcelona: Anagrama.
- Orozco, Guillermo (1994). *Al rescate de los medios*. México: Fundación Manuel Buendía y Universidad Iberoamericana.
- Soles Leree, Beatriz (1991). Escuelas de comunicación... ¿para qué? *DIA.LOGOS de la Comunicación*, (31).
- Velásquez, Ramón J. (1986). *Jornadas de Reflexión "¡Por un mejor periodismo!"*. Palabras de apertura del Consejo Venezolano para la Enseñanza y la Investigación de la Comunicación Social (CONVEIC).Caracas.